



10 ENSEÑANZAS DE LA JMJ

PARA VIVIR EN LA DIÓCESIS
DURANTE EL CURSO QUE COMIENZA

CARTA PASTORAL
DE MONS. D. RAFAEL ZORNOZA,
OBISPO DE CADIZ Y CEUTA

10 ENSEÑANZAS DE LA JMJ
PARA VIVIR EN LA DIÓCESIS
DURANTE EL CURSO QUE
COMIENZA

CARTA PASTORAL
DE MONS. D. RAFAEL ZORNOZA,
OBISPO DE CADIZ Y CEUTA



La Jornada Mundial de la Juventud ha sido un acontecimiento eclesial que ha marcado un hito de gran impacto entre los jóvenes participantes, pero también para el resto de la Iglesia universal. Los jóvenes de nuestra diócesis han participado de nuevo atendiendo la llamada del Papa Francisco que les ha convocado, junto con un gran número de españoles, y con el resto de jóvenes del mundo entero, y han regresado entusiasmados. Hemos encontrado allí el rostro universal de la iglesia que, como en Pentecostés, hablando las lenguas de muchos pueblos, los jóvenes recibían la Palabra del Señor y, unidos en la Eucaristía, formaban un solo cuerpo. Todo ello ha conformado un tiempo de experiencias de encuentro, de amistad y descubrimientos, y una impresión casi desconocida de la catolicidad de la Iglesia abierta a todos gozosa de compartir.

Esta experiencia vivida en la Iglesia universal ilumina nuestro futuro y resulta como una invitación a integrar lo mejor de lo vivido en el camino que ahora continúa. Por consiguiente, me parece oportuno, al comienzo del nuevo curso —sin distraernos de los objetivos pastorales determinados por el Plan Diocesano de Pastoral vigente sino, más bien, apoyándolo— destacar diez rasgos de este encuentro que podrían vitalizar nuestra acción pastoral.

**HEMOS
ENCONTRADO
ALLÍ EL ROSTRO
UNIVERSAL DE LA
IGLESIA COMO EN
PENTECOSTÉS.**

10 ENSEÑANZAS

1. VIVIR EN UN AMBIENTE CRISTIANO AYUDA A CRECER

Es la fuerza misma de la experiencia de la Iglesia comunidad.

Esforcémonos en crear espacios de encuentro y fortalecer la vida comunitaria, lugar de fraternidad caritativa y orante, expresión de la comunidad fiel que comparte, celebra la eucaristía, escucha a los pies de los apóstoles.

Vivir en un ambiente cristiano ayuda a crecer en la fe, la caridad, el servicio, la disponibilidad, el desprendimiento de las cosas en favor del compartir, la apertura al otro —sea de la nación, lengua o raza que sea—, impulsan nuestra fe. La JMJ ha sido una experiencia de Iglesia intensa y abierta, como ha pedido el Papa, lo propio de una Iglesia que es madre, que abre sus puertas a todos para facilitar el encuentro con Dios “porque todos son importantes a los ojos del Señor y de la Virgen”. En ella hay espacio para todos, nadie sobra. El encuentro con el otro en el seno de la Iglesia nos hace encontrar la respuesta a la búsqueda. En medio de una sociedad líquida la comunidad es el punto de referencia estable y firme que nos permite vivir la fe personalmente —no individualmente— y crecer acompañados con verdadera acogida y paciencia. Es la experiencia de la Iglesia que es madre que acoge, hogar de la misericordia, el ejercicio del amor y el perdón. Cuando gustamos la vida de la Iglesia la amamos más, contamos con ella y sabemos que ella cuenta con nosotros.





2. REDESCUBRIR LA LLAMADA DE DIOS

Hemos de ofrecer siempre el “primer anuncio” de la fe y acompañar a cada uno en su encuentro personal con el Señor. La misión de la Iglesia pasa por ofrecer lo mejor que tiene, que es el mismo Cristo, a través del anuncio del Kerigma.

Redescubrir la llamada de Dios –llamado quiere decir “amado”– es la clave para encontrar nuestro sitio con Dios, en la Iglesia y en el mundo. Comprender y gustar ese amor infinito y personal es lo esencial, lo que hace posible responder a la llamada como discípulos del Señor, como bautizados que se insertan en la vida sobrenatural y en la comunión con Dios para gustar su amistad, el perdón de los pecados, la vida nueva del evangelio, para servir a los demás.

Como afirma el Concilio Vaticano II, “el misterio del hombre sólo se esclarece a la luz del misterio del Verbo encarnado” (Gaudium et spes n.22). En la escuela del Corazón de Jesús es Él mismo quien nos revela quiénes somos y a qué estamos llamados, abriéndonos a la vida del Espíritu y haciéndonos capaces de lo que nunca conseguiríamos solos: amar a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a uno mismo. La vida que brota del bautismo nos encamina a la relación filial con Dios y a la caridad fraterna para vivir la vida como vocación. El amor de Dios que se nos manifiesta nos hace discípulos dispuestos a llevar al Señor a los demás como apóstoles. La experiencia de la fe responde a nuestras ansias de felicidad y colma el corazón de sentido y alegría de vivir.

3. LA CENTRALIDAD DE LA CELEBRACIÓN LITÚRGICA

Tenemos una gran oportunidad de mejorar la liturgia haciéndola expresiva del encuentro alegre y bello con el Señor, escuela de vida, entrega y compromiso. Será conveniente formar equipos parroquiales de liturgia con criterio y empeño que ayuden a lograr este fin.

4. LA CATEQUESIS NOS HACE PROFUNDIZAR

La catequesis de iniciación cristiana exige una profunda renovación, según el nuevo Directorio de Catequesis, y promover los catecumenados de adultos para profundizar en la fe y la formación, de modo que se garantice una fe madura, orante, instruida, capaz de dar razón de nuestra esperanza y evangelizar.

La centralidad de celebración litúrgica hace patente que es expresión de amor a Dios y alabanza, escuela de vida y entrega, una belleza que nos une en el Señor Jesucristo y aleja del narcisismo, al tiempo que nos hace “tocar” a Dios, escuchar su Palabra, alimentar la comunión. Alabar no es estar cantando todo el día, pues la verdadera alabanza se hace con la vida, pero si no se reza, si no se canta a su tiempo, decae el fervor y el testimonio cotidiano.

El amor que se manifiesta y se expresa es capaz de lo más grande. Todo cambia cuando su Espíritu nos llena hasta el fondo. No basta con una liturgia rutinaria y apresurada. Ha de ser expresiva y motivadora, provocadora del encuentro vivo con el Señor, capaz de impulsar el deseo de perfección, la entrega de la vida, la comunicación cristiana de bienes.

La catequesis nos hace profundizar en la fe revelada, imitar a Jesús y ser testigos de su amor. En todos los grupos ha resonado el primer anuncio y viendo la vida a la luz del evangelio para ser discípulos de Jesús con coherencia. El Papa es el primer catequista que exhortó en la misa de clausura a escuchar. “En el monte, una nube luminosa cubrió a los discípulos, y esa nube desde la cual habla el Padre, ¿qué dice? «Escuchadlo» (Mt 17,5). Este es mi Hijo amado, escuchadlo. Todo lo que hay que hacer está en esta palabra: escuchar, escuchar a Jesús, porque El Maestro tiene palabras de vida eterna para nosotros, nos revela que Dios es Padre es amor y nos enseña el camino del amor a través de la Palabra de Dios, la Tradición de la Iglesia, el Magisterio y la liturgia. En la Iglesia que es Maestra descubrimos la verdad revelada y aprendemos a caminar por la vida con los criterios de Dios, no los del mundo.

5. ACOMPAÑAR EL SUFRIMIENTO DE LOS HERIDOS POR LA VIDA Y LOS NECESITADOS

Ha de crecer nuestra atención a los necesitados de ayuda espiritual o material, fomentar el voluntariado de Cáritas, la integración de los emigrantes, la comunicación cristiana de bienes. Juntos hemos de hacer el bien y estar cerca de los más frágiles y menesterosos.

Hemos de acompañar el sufrimiento de los heridos por la vida y los necesitados. En el Via Crucis contemplaron los jóvenes los sufrimientos y dolores de los jóvenes del mundo desde la mirada de Cristo sufriente, algo que nos fortalece, consuela y acompaña. Con Cristo vale la pena afrontar el riesgo de amar hasta dar la vida. «La Cruz es el sentido más grande del amor más grande» que nos dispone incluso a compartir la cruz presente en los dolores del mundo. No es posible prescindir del dolor que se padece en las guerras o el hambre, en infinidad de injusticias lejanas o cercanas. “Hay que ensuciarse las manos” y correr el riesgo de amar con los que sufren desolación, soledad o miedo, porque El siempre camina junto a nosotros, nos acompaña y llora con nosotros. El Papa nos ha invitado a amar como Jesús en el camino de la vida, a caminar con Jesús que murió en la Cruz por amor y nos ha enseñado a avanzar curando a los enfermos, atendiendo a los pobres, predicando. Ninguno está eximido de ser un buen samaritano: es nuestra obligación. Hay que levantarse al caer, pero también hemos de levantar al caído, al descartado, al marginado o indefenso.



6. LA ADORACIÓN EUCARÍSTICA

La adoración eucarística es fuente de gracia y encuentro vivo con el Señor. No hay vida cristiana verdadera sin celebración eucarística, sin el alimento del Pan de Vida, sin misa dominical. Jóvenes y adultos descubren cada vez más el valor de la entrega sacrificial de Cristo y su presencia entre nosotros en la celebración de la Eucaristía y en la adoración del Santísimo Sacramento. "Sólo ante el Señor se recuperan el gusto y la pasión por la evangelización".

Cada parroquia o comunidad ha de fomentar la adoración eucarística y la celebración de la Santa Misa. Hemos de recuperar el domingo como el Día del Señor, día de la Eucaristía, que, con una provechosa catequesis y experiencia litúrgica adecuada, hará brotar el sentido de comunión eclesial y la perseverancia en la fe.

7. LA RECON- CILIACIÓN A TRAVÉS DE LA CONFESIÓN.

A pesar de constatar a veces cierto apartamiento generalizado del sacramento de la penitencia, existe una gran necesidad y demanda de reconciliación con Dios si se dan las circunstancias favorables. El encuentro con el Señor nos exige siempre purificación y maduración. El Perdón de Dios configura nuestra conversión, siempre necesaria para la comunión con El. "El que permanece caído se jubiló de la vida ya, cerró la esperanza, clausuró la ilusión".

Ofrezcamos la reconciliación individual con permanencia en el lugar penitencial y con celebraciones comunitarias. Se ha de fomentar con constancia y dedicación la experiencia de la confesión frecuente como ayuda de gracia para evitar el pecado y responder al Señor con deseo de perfección, de donde surgen decisiones de mayor entrega, con la ayuda del consejo y el discernimiento.



8. EL ENVÍO MISIONERO

La Iglesia es misionera y no puede prescindir del propósito misionero sin desvirtuar la fe. Cada parroquia, comunidad o asociación ha de plantearse objetivos misioneros para evangelizar. El Plan Diocesano de Pastoral fomenta y facilita avanzar para conseguir este fin con realismo y fidelidad al mandato del Señor.

El envío misionero. La llamada a la misión ha estado presente en todo el encuentro. El papa nos ha enviado al mundo sin rendirnos ni mirar atrás, arriesgando. La aventura experimentada en la Jornada Mundial de la Juventud ha quedado así abierta a una aventura mayor, universal, apostólica. Nos invitó finalmente a los jóvenes en la misa de clausura a "resplandecer, escuchar y no tener miedo". "La alegría es misionera" –exhortaba el Papa Francisco–, fuente de ánimo, esperanza, inspiración y renovación en la fe.

Con el amor gratuito de Jesús, hemos de caminar en esperanza, adelante, sin miedo. Hemos recibido un envío misionero que no es otro sino el que el Señor resucitado encargó a sus apóstoles y, a través de ellos, a sus discípulos de todos los tiempos, para llevar su Palabra hasta los confines de la tierra y hacer discípulos suyos. Haciendo patente el amor de Jesús nos ha provocado para vivir la vida intensamente, ayudando a los demás, arriesgando sin miedo, levantando a los caídos y sufrientes, lanzándonos a una misión.

Hemos renovado el propósito de evangelizar, siendo de este modo promotores de paz y fraternidad.

9. PUEBLO JOVEN QUE ES MULTITUD

Hemos de atender la pastoral de infancia y juventud con medios adecuados y en colaboración con la Delegación Diocesana de Juventud.

10. CON MARÍA, PARA SERVIR

Fortalecer la devoción a la Virgen María toca lo más íntimo de nuestra fe católica, convencidos del tesoro de la vida vivida como vocación, con propuestas de servicio fraterno y de apostolado. Con María se ha de fomentar la pastoral vocacional entre los jóvenes invitando a la santidad en la vida sacerdotal, consagrada y matrimonial.

Este encuentro de jóvenes muestra un pueblo joven que es multitud, presente en todo el mundo, que va contracorriente, no exento de persecución, pero que se siente libre por la verdad recibida y la gracia que le fortalece en los sacramentos.

El cuidado de la fe de los jóvenes es exigente y no admite ya ser transmitido en rutinas sin las respuestas que requiere la búsqueda de la verdad y de la verdadera vida. De su encuentro con el Señor, experiencia de Iglesia y compromiso, dependerá la transmisión de la fe a la siguiente generación.

Con María, vivir para servir. La presencia de la Virgen que se apresura a servir a su prima Isabel fue el lema del encuentro. "María se levantó y partió sin demora" (Lc 1, 39).

María, con Jesús en su seno, sale al encuentro del mundo y le trae la alegría de Dios. Familias portuguesas y voluntarios han sido también portadores de la alegría de Dios. María, joven, ágil y activa, la Virgen "Apurada", "Apresurada" en salir para ayudar, es un ejemplo y una invitación.

La Virgen de Fátima también peregrinó a Lisboa, y con ella, sus mensajes, la oración por los enfermos y por las conversiones, el rezo del Rosario, la penitencia. Hizo presente el misterio de Dios a través de los pequeños, de los santos pastorcillos. Muchos visitaron su humilde casa, otros la tumba de Sor Lucía, la mayor de los tres videntes. Con María también llevamos a Jesús, que quiere llegar a muchos a través de nosotros. Ella nos acoge y señala a Jesús.



Somos la Iglesia de Jesucristo que camina en Cádiz y Ceuta en este tiempo cargado de dificultades, pero también de la gracia de Dios que nos asiste para hacer nuestro camino como Pueblo de Dios. Caminemos, pues, iluminados por el Espíritu Santo que nos fortalece en nuestros encuentros y nos anima a emprender la misión que el Señor mismo nos ha confiado. El discípulo, si permanece firme en la fe, afronta la misión con la certeza de tener cerca al Señor con quien colabora (EG 275). La alegría de este don, que hemos experimentado de nuevo en la Jornada Mundial de la Juventud en Lisboa, hace de cada discípulo un misionero. La experiencia vivida ha resaltado a nuestros ojos muchos de los rasgos propios de la vida eclesial que son siempre válidos, comunes y bien conocidos, pero que nos hacen progresar cuando los acogemos y cuidamos. Todos ellos pueden vitalizar nuestras parroquias y comunidades fortaleciendo nuestra fe y nuestra misión de evangelizar.

Encomendemos a la Virgen María nuestra peregrinación en este curso que comienza. Ella es la Madre educadora de la fe que hará que cale cada día más profundamente en nosotros el Evangelio de Cristo. Ella es nuestro modelo, pues colaboró eficazmente en el Misterio de amor que es la Redención de su Hijo, y desde el cielo intercede por nosotros arrancando de Jesús los milagros que le pedimos, las obras de gracia que necesitamos.

Bendigamos siempre al Señor mientras caminamos juntos.

+ Rafael, Obispo de Cádiz y Ceuta

Cádiz a 8 de Septiembre de 2023

